«Por otra parte, caballero, basta mirarla un instante,» lanzó una mirada á la cintura ancha y al vientre abultado de la joven.

Esperaban ansiosos. El notario declaró:

—Muy bien, que el niño haya nacido ó no, poco importa, existe, vive. Aplazaremos, pues, la ejecución del testamento hasta que dé á luz la señora.

Al salir del despacho, se besaron en la escalera movidos de su alegría.

VII

Desde aquel dichoso descubrimiento vivían los tres en unión perfecta. Estaban de buen humor. Cachelin se mostraba jovial y Cora colmaba de atenciones á su marido. Lesable también parecía otro hombre, siempre contento y más amable que nunca. Máze acudía ménos á menudo, y parecía estar menos á gusto con aquella familia; siempre se le recibía bien, pero con alguna mayor frialdad, pues la dicha es egoísta y no gusta de testigos.

El mismo Cachelin parecía experimentar cierta hostilidad secreta contra el guapo empleado que algunos meses antes introdujera en su casa. El fué quien le dió cuenta de la preñez de Cora. Un día le dijo:

—¿Sabe usted que mi hija está en cinta?

Maze, fingiéndose asombrado, replicó:

—¡Ah, caramba! Mucho les debe alegrar eso.

Cachelin contestó:

—¡Ya lo creo!

Pero notó que su colega, por lo contrario, no parecía nada satisfecho. A los hombres no les gusta ver en tal estado, bien sea por su culpa ó no, á las mujeres á quienes aman.

Cada domingo Maze continuaba comiendo en la casa. Pero las veladas se pasaban con trabajo y resultaba penóso pasarlas juntos aunque no hubiera ocurrido ningún grave desacuerdo. Aquella tirantez extraña aumentaba cada día.

Una noche, cuando acababa de salir Maze, el suegro exclamó con expresión furiosa:

—Empieza á cargarme ese hombre.

Lesable contestó:

—La verdad es que no agrada mucho cuando se le conoce bien.

Cora había bajado los ojos y no emitió su parecer. Siempre parecía estar cohibida en presencia de Maze, quien, por su parte, parecía casi avergonzado al estar junto á ella; no la miraba ya sonriendo como en otro tiempo, no llevaba ya palcos para los

teatros y parecía soportar como una carga necesaria aquella intimidad que en otro tiempo fuera tan cordial.

Un jueves á la hora de comer, cuando su marido volvió de la oficina, Cora le besó las patillas con más cariño que de costumbre, y murmuró á su oído:

—¿Me reñirás?

—¿Por qué?

—Porque... es que... el señor Maze ha venido á verme hace poco, y yo, como no quiero dar que hablar, le he rogado que no se presentara nunca cuando tú no estuvieras presente. Me ha parecido que se molestaba.

Lesable, sorprendido, preguntó:

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—¡Ah! no ha dicho nada. Pero se ve que no le ha gustado, y entonces le rogué que no viniera más aquí. Ya sabes que fuísteis papá y tú quienes lo tragísteis y que yo no tuve nada que ver en ello. Así es que temía enfadarte cerrándole la puerta.

Una alegría de reconocimiento invadía el corazón de Lesable.

—Has hecho muy bien. Te doy las gracias.

Cora, para deslindar claramente la situación de ambos hombres, añadió:

—En la oficina fingirás no saber nada y le hablarás como siempre. Sólo que no pondrá los pies aquí.

Lesable, estrechando con ternura á su mujer entre sus brazos la besó en los ojos y en las mejillas repetidas veces. Decía: «¡eres un ángel!» y sentía junto á su vientre el bulto del niño cada vez más grande.

VIII

No ocurrió nada nuevo hasta que terminó el embarazo.

Cora dió á luz una niña en los últimos días de septiembre. Se llamó Deseada; pero como se quería hacer un bautizo solemne, quedó decidido verificarlo al verano siguiente en la propiedad que iban á comprar.

Escogieron una de Asnieres, en la colina que domina el Sena.

Durante el invierno se cumplieron grandes acontecimientos.

Tan pronto como adquirieron la herencia, Cachelin reclamó su retiro, que se le otorgó, y no fué más por la oficina.

Ocupaba sus ratos de ocio en hacer por medio de una fina sierra mecánica tapas para las cajas de cigarros. También construía relojes, cofrecillos, jardineras de salón y otros objetos y mueblecillos raros. Le entusiasmaba aquel trabajo que se le antojó viendo un mercader ambulante que trabajaba y aserraba trozos de madera en la avenida de la Opera. Era preciso que todos admiraran diariamente los nuevos dibujos que ejecutaba muy complicados y pueriles.

El mismo se mostraba maravillado de su obra y repetía sin cesar:

—Es increíble lo que uno llega á hacer.

Habiendo muerto por fin el subjefe señor Rabot, Lesable desempeñaba su cargo aunque no tuviera el título, pues no llevaba para ello bastante tiempo desde su último ascenso.

Cora se había convertido de pronto en una mujer distinta, más reservada, más elegante, que comprendía, adivinaba y olía las transformaciones que impone la fortuna.

Con motivo de Año nuevo hizo una visita á la esposa del jefe, una buena señora que continuaba pareciendo una provinciana, después de treinta y nueve años de estancia en París, y se dió tanta ma-

ña y traza para conseguir que fuera la madrina de su hija, que la señora Torchebeuf aceptó.

Su abuelo Cachelin fué el padrino.

La ceremonia se verificó en espléndido día de Junio. Habían sido invitados todos los oficinistas, que acudieron, exceptuando el guapo Maze, que no se dejaba ver.

A las nueve Lesable esperaba en la estación el tren de París, mientras que un groom, con librea de gruesos botones dorados, sostenía por la brida un poney bien cuidado que tiraba de un cesto flamante.

Silbó la máquina á lo lejos y luego apareció arrastrando su rosario de vagones del que salió una oleada de viajeros.

El señor Torchebeuf salió de un vagón de primera clase junto con su esposa, que llevaba un traje chillón, mientras de un coche de segunda bajaban Pitolet y Boissel. No se habían atrevido á invitar al tío Savon, pero se convino en que se le encontraría como por casualidad antes del almuerzo y se juntaría á la comitiva con permiso del jefe.

Lesable se adelantó hacia su superior que avanzaba á pasos menudos con la levita iluminada por su gran condecoración parecida á una rosa de Ale-

jandría. Su cráneo enorme tapado por un sombrero de anchas alas, aplastaba su cuerpo enteco y le daba el aspecto de un fenómeno, y su esposa, por poco que se empinara, podía mirar por encima de su cabeza.

Leopoldo, radiante, se inclinaba, daba las gracias. Les hizo subir á su cesto y después, yendo al encuentro de sus colegas, que iban modestamente detrás del jefe, les estrechó afectuosamente las manos, excusándose de no poder llevarles en su coche, por no ser posible.

—Sigan ustedes el muelle—les dijo—y ya verán mi casa. «Villa Desirée», la cuarta después de la esquina; dense prisa.

Y subiendo al coche empuñó las riendas mientras el groom saltaba á la trasera.

La ceremonia se verificó con toda felicidad. Luego fueron á la casa á almorzar. Todos hallaron bajo la servilleta un regalo proporcionado á la importancia de los invitados. La madrina obtuvo un brazalete de oro macizo, su marido un alfiler de corbata de rubíes, Boissel una cartera de piel de Rusia y Pitolet una soberbia pipa de espuma. Dijeron que Desirée era la que ofrecía aquellos regalos á sus nuevos amigos.

La señora de Torchebeuf, colorada de turbación y placer, se puso la ancha aforca, y como el jefe llevaba una corbata negra muy estrecha, no pudo ponerse el alfiler y clavó la alhaja en la solapa de la levita, bajo la roseta de la Legión de honor, como una condecoración de orden inferior.

Desde la ventana se descubría un largo trozo de río que subía hacia Suresnes entre las orillas plantadas de árboles. El sol, dando de lleno en el agua, lo convertía en un río de fuego. Los primeros platos se comieron casi en silencio por la presencia de los señores Torchebeuf. Luego todos se fueron animando. Cachelin soltaba chistes un tanto atrevidos y se los reían, porque ya era rico.

Dichos por Boissel ó por Pitolet hubiesen parecido de mal género.

A los postres compareció la criatura. Todos la besaron. Rodeada de blondas miraba á los comensales con sus ojos azules que no reflejaban ninguna inteligencia y volvía á medias la carita mofletuda en la que parecía despertar una chispa de atención.

Pitolet, aprovechando el ruido de las voces, pudo deslizar estas palabras al oído de Boissel: «Parece una Maze en miniatura.»

Al día siguiente circuló la frase en el ministerio.

Al dar las dos, Cachelin propuso visitar la propiedad y dar luego una vuelta por las orillas del Sena. Los invitados recorrieron en procesión todas las habitaciones de la casa desde la bodega hasta el desván, luego examinaron el jardín, árbol por árbol, planta tras planta, y luego se dividieron en dos grupos para dar el paseo.

Cachelin, algo cohibido por la presencia de las señoras, se llevó á Boissel y Pitolet á los cafés de la orilla, mientras las señoras Torchebeuf y Lesable, con sus respectivos esposos, subían por la orilla opuesta, pensando que unas señoras honradas no podían confundirse con la turba bulliciosa y dominguera.

Iban con lentitud por el camino de la margen, seguidas de los dos hombres, que hablaban gravemente de asuntos de la oficina.

Por el río pasaban yoles empujadas por membrudos mocetones, cuyos músculos se movían bajo la piel atezada. Algunas mujeres, sentadas ó medio echadas sobre pieles blancas ó negras, manejaban el timón, amodorradas por el sol, teniendo abiertas sobre la cabeza, como flores enormes que flotaran sobre el agua, sombrillas de seda encarnada, amarilla ó azul. Se cruzaban gritos de una barca á otra,

llamamientos y bromas, y un ruido lejano de voces humanas confuso y continuo, indicaba la presencia de la alegre multitud dominguera.

Largas filas de pescadores de caña permanecían inmóviles á lo largo de la orilla, mientras que algunos nadadores, casi desnudos, de pie, sobre pesadas barcas pescadoras, se echaban á la corriente, volvían á subir á las embarcaciones para echarse de nuevo al agua.

La señora Torchebeuf miraba aquello con sorpresa. Cora le dijo entonces:

—Cada domingo pasa lo mismo. Es lo único que me fastidia de esta comarca tan encantadora.

Una canoa se acercaba lentamente. Dos mujeres, remando, arrastraban á dos mozos tendidos en el fondo. Una de ellas gritó dirigiéndose á las que pasaban por la orilla:

—¡Eh! ¡eh! ¡mujeres honradas! Aquí traigo un hombre para vender, bonito y barato; ¿lo quieren ustedes?

Cora, volviendo la espalda con desprecio, tomó el brazo de su invitada y dijo:

—Ni siquiera puede una estar aquí. Qué infames son esas mujeres.

Y se alejaron. El señor Torchebeuf decía á Lesable:

—Délo usted por hecho. El jefe me lo ha prometido de un modo formal. Ascenderá usted en primero de Enero.

Lesable contestaba:

—No sé cómo darle las gracias, querido maestro.

Al volver encontraron á Cachelin, Pitolet y Boissel, que se les saltaba las lágrimas de tanto reir, arrastrando al tío Savon, á quien encontraron en la margen en compañía de una mujerzuela, según decían por broma.

El viejo, despavorido, repetía:

—No es verdad; juro que no es verdad; estas son bromas de mala especie, señor Cachelin; esto no está bien.

Y Cachelin, reventando de risa, gritaba:

—¡Ah, pillín! Ya oí cómo le decías: «gatita mía;» bien te divertías, viejo verde.

Hasta las señoras se echaron á reir al ver la cara que ponía el pobre hombre.

Cachelin repuso:

—Si el señor Torchebeut lo permite, lo guardaremos preso en castigo de su culpa, y comerá con nosotros.

El jefe consintió con benevolencia. Y todos con-

tinuaron bromeando acerca de la señora abandonada junto á la orilla, mientras el viejo protestaba enérgicamente contra aquella broma de mal género.

Hasta la noche duró la conversación sobre tal asunto, que se prestaba á chistes no muy decentes.

Cora y la señora Torchebeuf, sentadas en lo alto de la escalinata, miraban los reflejos del sol poniente, que inundaba las hojas de una lluvia purpúrea.

Ni un soplo movía las ramas. Una paz serena, infinita, descendía del cielo deslumbrador y tranquilo.

Pasaban todavía algunas barquillas río abajo, buscando sus sitios de amarre.

Cora preguntó:

—Parece que ese pobre señor Savon se casó con una perdida.

La señora Torchebeuf, que estaba al corriente de todos los chismes de la oficina, contestó:

—Sí, se casó con una huérfana muy joven que le engañaba con un calavera y que acabó por huir con él.

Y luego, enmendándose, añadió la gruesa señora:

—Digo calavera, y no lo sé. En todo caso, pare-

ce que se amaban mucho. Y la verdad es que el tío Savon no es nada seductor.

La señora Lesable contestó con seriedad:

—El que se amaran no excusa la falta. El infeliz inspira mucha compasión. Nuestro vecino el señor Barbou se encuentra en el mismo caso. Su esposa se ha enamorado de una especie de pintor que pasaba aquí los veranos, y se marchó con él al extranjero. No comprendo que una mujer caiga tan bajo. Tengo para mí que se debía inventar un castigo especial para tales miserables que llevan la vergüenza al seno de las familias.

En el extremo de la avenida apareció la nodriza llevando Desirée envuelto en sus ropas de encajes. La niña se acercaba á las dos señoras como envuelta en un nimbo de oro por los reflejos del poniente. Miraba aquel cielo de fuego con sus ojos azules sin expresión y asombrados. Los hombres, que estaban hablando un poco más lejos, se acercaron, y Cachelin, cogiendo á su nietecilla, la levantó en alto, como si hubiera querido hacerla subir al firmamento. Se perfilaba sobre el fondo brillante del horizonte con su larga capa blanca que caía hasta el suelo.

El abuelo exclamó:

—Esto es lo mejor del mundo, ¿verdad, tío Savon?

El viejo no contestó, no sabiendo qué decir, ó pensando quizá demasiado.

Un criado abrió las vidrieras de la escalinata, anunciando:

—¡La señora está servida!